

ala delta

Ramón
GARCÍA DOMÍNGUEZ

**RENATA JUEGA
AL MARRO, AL PIMPAMPÚN
Y ETCÉTERA, ETCÉTERA, ETCÉTERA.**



Cuando Renata y sus amigos se enteran de que millones de niños en todo el mundo trabajan en vez de jugar, deciden invadir las calles de su ciudad y llenarlas de juegos. Y también liberar a Genarro Marro de su duro trabajo de recoger cartones de la basura para ganarse la vida.

Ramón García Domínguez es periodista y escritor. Renata, personaje con el que ganó el *III Premio Ala Delta*, protagoniza una nueva aventura.

Renata juega al marro, al pimpampún y etcétera, Ramón García
etcétera, etcétera Domínguez

*A todos los niños a quienes
han arrancado los juguetes de las manos
para ponerles utensilios o fusiles.*

*Rindo homenaje, con esta novela,
a Salvador Bartolozzi,
creador de Pipo y Pipa,
en el 50 aniversario de su muerte.*

Índice de contenido

Cubierta

Renata juega al marro, al pimpampún y etcétera, etcétera,
etcétera

Citas

Prólogo que no hace falta que leas

1. Diario de Genarro Marro
2. El recogecartones
3. Casilda, Aldonza Peonza y la Marcha Mundial
4. Sinfín el adivino
5. El álbum del Ca-Ca
6. Pipa y Pipo
7. La chica checa
8. Descalzo y sin jugar al fútbol
9. La Gran Semana de la Calle
10. Pipa y Pipo en la fábrica de alfombras

11. El detective Genarro Marro entra en acción
12. El perro *Capicúa*
13. ¡El más MUY!
14. La plaza del Marro
15. ¡Hemos reconquistado la calle!
16. ¡Ay, los políticos...!
17. ¡Guerra a la guerra!
18. La gran Marcha Mundial
19. El correcales
20. El susto del perro *Capicúa*
21. Etcétera, etcétera, etcétera

«¡Anda a jugar, chico, que muy pronto te obligarán a trabajar!».

Ana María Matute, *El saltamontes verde*.

«Se prohibió severamente que los niños jugaran por las calles, en los parques o en cualquier otro lugar».

Michael Ende, *Momo*.

«Tienen la calle por casa. Son gatos en el salto y en el matotazo, gorriones en el vuelo, gallitos en la pelea. Vagan en bandadas, duermen en racimo, pegados por la helada del amanecer. Apagan el hambre y el miedo aspirando gasolina o pegamento».

Eduardo Galeano, *Los gamines*.

Prólogo que no hace falta que leas

(Pero si te apetece...).

Los acontecimientos que cuenta Renata en este diario que tienes en las manos, querido lector, no se los ha inventado ella, qué va. Me refiero a la Marcha Mundial y todo eso; la Marcha Mundial pasó por su ciudad –igual que por otras muchas ciudades del mundo– y ella y sus amigos, por lo visto, participaron muy activamente.

Tampoco se inventa Renata las cifras ni las historias de niños que recoge en su diario, las ha sacado de las páginas de los periódicos, ella misma lo dice.

Así es que este diario es más verdad que verdad. Y por eso es divertido y... escalofriante al mismo tiempo.

Al menos eso me parece a mí.

RAMÓN GARCÍA DOMÍNGUEZ.

1. Diario de Genarro Marro

SE llama Genarro. Pero todos le llamamos Genarro, con dos erres, para que rime con marro; enseguida diré por qué.

Porque antes que nada y lo primero que tengo que decir es que hoy, día 29 de abril, comienzo a escribir de mi puño y letra este diario, cuyo protagonista principal va a ser Genarro. Bueno, Genarro y trescientos millones de chicos de todo el mundo. Y también Loles, y Pachi Gordo, y Sinfín, y Cris, y mi prima Casilda (la del aparato en los dientes, no sé si os acordáis), todos mis amigos. Y el profe de Lengua estofada, que se llama don Fructuoso. Y Aldonza Peonza, una chica checa. Y yo, claro, Renata Gutiérrez Arias. No sé si va a caber tanta gente en este cuaderno, difícil, ¿a que sí? ¡Pues cabrá, ya lo creo que cabrá! ¡Va a ser éste un DIARIO UNIVERSAL!

Y en él voy a contar, día por día, lo que hemos organizado... No, lo que hemos organizado no, lo que hemos tra-ma-do los alumnos de don Fructuoso y don Fructuoso desde el día de hoy hasta el día que llegue a nuestra ciudad la Marcha Mundial contra la Explotación Laboral de la Infancia.



Lo diré de otra manera (más a la pata la llana, como ha aprendido a decir Pachi Gordo, según su nueva manera de «hablar con propiedad»):

Escribiré en este diario cuanto hemos tramado los alumnos de Lengua al ajillo de don Fructuoso para liberar a Genarro Marro de su esclavitud. ¡Ahí queda eso, tentetieso!

¿Y a quién se le ha ocurrido el plan? ¡A quién había de ser, a la gran Loles! Mi amiga Loles, por si alguno no se ha enterado todavía, es la más MUY.

Todo empezó hace justo una semana. Cuando en clase de Lengua rebozada estábamos leyendo el periódico y don Fructuoso leyó que a finales del mes de mayo llegaría a nuestra ciudad la Marcha Mundial contra la Explotación Laboral de la Infancia, una marcha para protestar por los trescientos millones de niños de todo el mundo que trabajan en lugar de ir a la escuela y en lugar de jugar.

—¡Anda la mar —saltó entonces Serafín López, alias Sinfín—, igual que Genarro!

Y Loles se levantó de repente, como si le hubieran puesto un pincho en el culo, y dijo, con la mirada iluminada:

—¡Se acabó! —Y no dijo más.

—¿Qué es lo que se acabó, Loles? —preguntó entonces don Fructuoso, mirándola por encima de las gafas.

Mi amiga Loles todavía guardó unos segundos de silencio y luego, como si saliera de dentro de sus propios pensamientos, continuó hablando de esta manera:

—Si nosotros no podemos liberar de la esclavitud a los trescientos millones de niños del mundo que no juegan ni van al cole, podemos al menos liberar a uno.

—¿Has dicho... esclavitud? —preguntó, asombrado, don Fructuoso.

—¡Y está muy bien dicho, profe! —intervino entonces Pachi Gordo—. Quien trabaja contra su voluntad es un esclavo. ¿O no?

(A Pachi Gordo le gusta hablar últimamente «con propiedad», como él mismo dice, ¡lo que pasa es que suelta unas palabrejas, el muy cebollo!).

—¿Os estáis refiriendo por casualidad a Genarro? —siguió preguntando don Fructuoso.

—Al mismo —respondió Loles.

–Pero... –continuó hablando el profe– a él le gusta recoger cartones por las calles, nos lo ha dicho él mismo más de una vez.

–¡Y también nos ha dicho que le gusta jugar! –replicó al punto Loles.

–¡Sobre todo al marro! –añadí yo.

Así era, en efecto. Genarro nos había dicho muchas veces que le gustaba mucho jugar, ¡a ver, como a todo el mundo! Al marro sobre todo. Por eso le llamábamos Genarro.

Pero lo más curioso es que Genarro no había jugado nunca al marro. Nunca jamás de los jamases. Primero porque no tiene tiempo y segundo, porque tampoco tiene una pandilla para montar el juego.

¿Que por qué decía, entonces, que le gustaba tanto jugar al marro si nunca había jugado?

Pues porque su tío Nicolás, con el que vive Genarro... Bueno, mejor lo cuento mañana, ¿vale? ¡En un diario no se escribe todo de una tacada el primer día, digo yo!

2. El recogecartones

30 de abril.

HE decidido esta noche que no, que no voy a contar lo que hemos «tramado» los alumnos de don Fructuoso de aquí al día que llegue a nuestra ciudad la Marcha Mundial contra la Explotación Laboral de la Infancia. Mejor dicho, sí que lo voy a contar, pero no de golpe, sino conforme vayan ocurriendo los hechos. ¡Así tiene más suspense, ¿no?, porque si lo explico todo el primer día...!

Lo que escribí ayer es que el plan comenzó cuando a mi amiga Loles se le ocurrió que podríamos y deberíamos redimir de su esclavitud a Genarro Marro, ¿os acordáis?

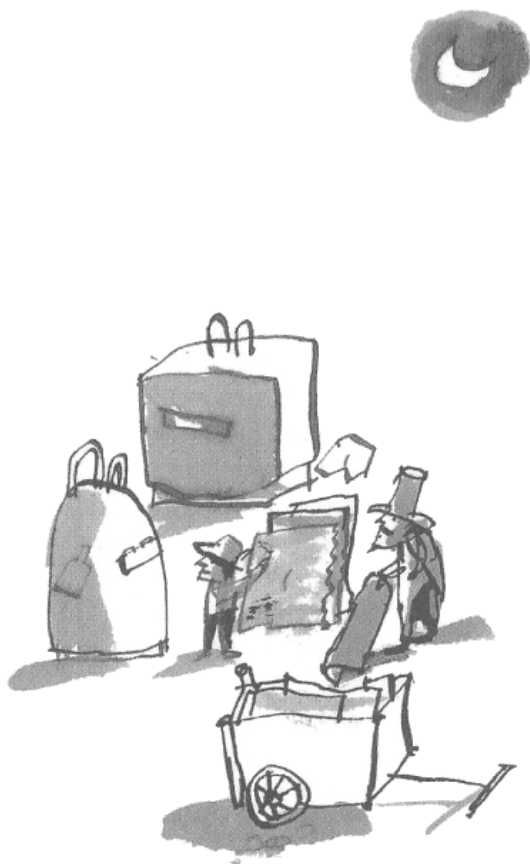
Genarro Marro es un chico que se pasa la vida recogiendo cartones por los contenedores de basura para luego venderlos y sacar dinero para vivir. A veces va solo y otras veces va con su tío Nicolás, y cuando va solo y pasa por delante de las ventanas del cole, por delante de las ventanas de nuestra clase exactamente, don Fructuoso le llama y Genarro entra un rato y da la clase de Lengua con nosotros.

Al principio creíamos que entraba, sobre todo en invierno, para quitarse el frío y pasar un rato calentito. Pero enseguida nos dimos cuenta de que no, de que le chutaba un montón aprender palabras nuevas y leer poesías. ¡Lo que más le gusta del mundo a Genarro Marro –yo diría que más que el mismísimo marro– son las poesías! Le gusta leerlas pero, sobre todo, como él lee un poco chungo, porque sólo fue al colegio, creo, muy de pequeñín, le gus-

ta escucharlas cuando las leemos los demás en voz alta. Un día le preguntó a don Fructuoso si los poetas hablaban siempre en verso, en poesía.

Cuando alguien lee un poema, Genarro se queda con los ojos así como bizcos y la boca entreabierto y los demás no paramos de mirarle de reojo. Es un espectáculo, anda que no. Y el que más la goza es don Fructuoso, el profe de Lengua, que se queda igual de flipao que Genarro sólo de mirarlo.

Genarro no es que hable demasiado, más bien habla poco, y lo único que nos ha contado es que su tío Nicolás es más bueno que el pan y que de niño jugaba en la calle al marro sin parar. Me refiero a su tío, no a él, él no había jugado jamás al marro hasta que un día salimos toda la clase al patio y organizamos una partida de marro sólo para Genarro. Y a partir de ese día empezamos a llamarle Genarro. Y a él le mola un montón. Cuando don Fructuoso le llama por la ventana, «Genarro, ¿quieres entrar en clase?», él suelta una risilla como de repiqueteo de cascabel y entra como un rayo. Ah, y también le encanta que don Fructuoso pase lista y le nombre a él. Aunque si dice Genarro con una erre no contesta, el muy quedón, sólo contesta si dice Genarro Marro.



Pero aparte de su pasión por el marro no nos ha contado nada más. Si don Fructuoso le pregunta por sus padres o por qué vive con su tío Nicolás, Genarro se encoge de hombros. Y si le pregunta por qué recoge cartones contesta que porque sí, porque le gusta.

—¿Te gusta recoger cartones de la basura? —insiste don Fructuoso.

–Sí –responde Genarro con una sonrisa. Y de ahí no lo sacas.

Por eso, cuando el otro día propuso mi amiga Loles liberar a Genarro de la esclavitud de recoger cartones, hubo una fuerte discusión en la clase. Unos decían que había que respetar la voluntad personal de cada ser humano, y otros decíamos –el grupo de Loles– que a Genarro le gustaba recoger cartones porque no le quedaba otro remedio. «¡Es una imposición de la injusticia social!», remachó Pachi Gordo, hablando «con propiedad», como él dice. (¡Vaya rollo cebollo que se gasta el tío!).

Se debatieron ambas posturas (¡ay, que se me está pegando!), y al final se decidió nombrar una comisión para ir a hablar con Genarro Marro y con su tío Nicolás.

Pero no ha sido ésa la única decisión que hemos tomado tras la propuesta de mi amiga Loles. Tenemos todo un programa –no, queda mejor con mayúsculas: PROGRAMA– de aquí a que llegue a la ciudad la Marcha Mundial contra la Explotación Laboral de la Infancia. ¡Que no faltan más que tres semanas, por cierto!

Y lo primero que hemos hecho es escribir a los organizadores de la Marcha para pedirles dos cosas:

Primera: Que nos dejen a don Fructuoso y a sus alumnos (nosotros) organizar la llegada de la Marcha y el recorrido por las calles hasta el ayuntamiento. (¡Seguro que les va a encantar la forma... «particular» de recorrer las calles que les hemos propuesto, que se me caigan las dos orejas al suelo si nos dicen que no!).

La carta la echamos al correo ayer, justo el día en que comencé este diario. Y la segunda cosa que les hemos pedido a los organizadores es que...

Mejor la cuento en su momento, ¿vale?